

VV.AA., FRANCISCO DE VITORIA Y LA ESCUELA DE SALAMANCA:
La Ética en la conquista de América. Consejo Superior de Investigaciones Científicas: Corpus Hispanorum de Pace, vol. XXV. Madrid, 1984, 724 páginas.

Obra colectiva en la que participan quince investigadores en su elaboración dirigida por Luciano Pereña. Forma parte de dos aportaciones, a mi modo de ver importantes, al mundo de la cultura:

1.— Hace el volumen XXV del ya amplio Corpus Hispanorum de Pace; proyecto que ha permitido publicar las aportaciones que autores como Francisco de Vitoria, Francisco Suárez, Martín de Azpilcueta y Bartolomé de las Casas, entre otros autores, han realizado acerca de la reflexión jurídico-legal.

2.— El contenido de esta obra reúne los trabajos de investigación que se presentaron como ponencias en el I Simposio sobre la Ética en la conquista de América celebrado en Salamanca en noviembre de 1984.

Su *INDICE* se divide en tres bloques, en los que se agrupan los trabajos de investigación de cada autor:

- a. *Polémica sobre la ética de la conquista*.
- b. *Respuestas universitarias a la duda indiana*.
- c. *Proyección de la escuela* (Universidad de Salamanca y discípulos de Francisco de Vitoria) *en América*.

Aunque haya pasado una década desde su publicación no desmerece para nada la actualidad de sus investigaciones, avaladas, además de por la colección que la incluye (C.H.P.) y por formar la parte doctrinal del citado Simposio, por la aprobación de la Comisión Científica del Consejo Superior de Investigaciones Científicas para su publicación.

Hemos llegado a un nuevo Centenario, el Quinto, todavía *necesitado* de desenmascaramiento (1492-1992); de un lado de este fluir que es la historia, se encuentra la *ingenuidad* e indiferencia frente a los acontecimientos que ahora se 'recuerdan' (V Centenario), de una manera y modo tan acrítico y superficial que todo es motivo de celebración y jolgorio; del otro lado la *ignorancia*, o lo que yo descubro como '*racismo cultural*', actitud sinónima de la otra que rechaza a algunos seres humanos por su raza, lengua, condición social, religión, cultura ... y que en este caso se demuestra opinando a 'todo trapo' (sentando cátedra), sin antes haber contrastado cada opinión con el enriquecimiento que suponen la otras opiniones de quienes han pensado antes y, puedo suponer, que más que yo.

El dato que recorre la mayor parte de esta publicación gira en torno a la posible *duda* de Carlos V, acuciado por las críticas de los abusos que estaban cometiendo los españoles en Indias, tales como el *requerimiento* y la *encomienda*.

Esta crítica está presente en la universidad (por lo menos en Salamanca) como lo muestra el que algunos de sus profesores la tomaran en consideración. Muchos estudiantes que alcanzaron grados en Salamanca o en Alcalá fueron destinados a Indias —por ejemplo, el agustino Veracruz (1507-1584) profesor en México—; es de suponer y queda fundamentado, que la objeción a los abusos viajara con ellos también hacia las aulas universitarias que se iban fundando.

Las dos primeras Universidades creadas por la Corona son la de Lima (12 de mayo de 1551) y la de México (21 de septiembre de 1551).

Muchas de las respuestas dadas ante tal duda salieron de los planteamientos que algunos de sus profesores llevaron a las aulas, como consejos al emperador por la vía de sus asesores (entre ellos teólogos), argumentos y discusiones en la Junta celebrada en Valladolid y de donde salieron las Leyes Nuevas (1542), con la participación de Bartolomé de las Casas, o como publicaciones de las épocas que abordaron la cuestión.

Resulta interesante que muchas de esas críticas de la primera mitad del siglo XVI siguen formulándose hoy en día:

a.— Las tierras recién descubiertas tienen sus legítimos y pacíficos propietarios y poseedores (Fray Antonio de Montesinos).

b.— Denuncia como éticamente ilícitos los abusos de los conquistadores (Julián Garcés, Vasco de Quiroga, Juan de Zumarraga,...).

Y no es que esta propuesta que presento desde esta obra sea para aniquilar la *crítica* a todo lo que ocurrió. Pretendo que se llegue a conocer, desde la distancia del hoy, por las gentes actuales, la *globalidad* de los hechos, la *mayoría* de los hechos, y no solamente *algunos*. Y me preguntarán, ¿por qué? Les responderé que para hacer más radicales *las consecuencias*.

Estas consecuencias actuales pueden muy bien entenderse como:

1.— CON-DO-NA-CION DE LA DEUDA EXTERNA, aquella que tienen contraída los países pobres —por— ser —colonizados.

2.— La única *celebración* posible para este centenario debería pasar por un *gesto penitencial* (G. Gutiérrez; J. Sobrino); desde el cual nos abramos al amor, a los valores evangélicos de los pobres, tales como la solidaridad, el servicio y la disponibilidad; todo un potencial humanizador frente al individualismo y la opulencia.

Pero también será necesario denunciar desde las siguientes conclusiones:

1.— Que “*existe mucha ignorancia y abunda la mala fe*” (Uslar Pietri) en los juicios y discusiones sobre si hubo genocidio o no. El caso es que hoy hay un ‘nuevo mundo’, el que ‘Cuauthemoc y Hernán Cortés tienen los mismos herederos’ (O. Paz). En 1492 se cambió la historia, se hizo *universal*, se hizo mundo, no sin horrores.

2.— La *evangelización* de América no es una quimera, ni un hecho oculto, sin importancia, como han pretendido los *celebrantes* laicos del V Centenario. Ignorar su realidad es una de tantas estupideces de los intelectuales ‘pesebristas’ a cualquier ideología o umbral de plausibilidad. Porque, ¿desde qué motivaciones actuaron en su vida Bartolomé de las Casas, los franciscanos con las primeras reducciones en el Perú, o los jesuitas? ¿Acaso solamente existieron Cortés y Pizarro? Para muchos parece que sí.

La *evangelización* rompía con la estructura medieval de conquista y colonización tal como se aplicó y desarrolló en la Reconquista peninsular y a partir de 1402 en Canarias (expedición de Jean de Bethencourt).

Los misioneros defendían la aplicación de un trato más humano y cristiano a los indios:

a.— en el empeño perdió la vida el obispo Valvidieso (1544-1550), apuñalado en Nicaragua;

b.— el obispo de Panamá Fray Pablo de Torres (1547-1554), debió abandonar su diócesis y fue conducido como preso a España;

c.— Juan del Valle, obispo de Popayán (1548-1560), se encaminó hacia el concilio de Toledo para denunciar las crueldades con los indígenas;

d.— su sucesor Fray Agustín de la Coruña, perseguido y desterrado;

e.— los franciscanos Jerónimo de San Miguel, llevado prisionero a España en 1552 y Alonso Maldonado de Buendía, encarcelado por la Inquisición en 1583;

f.— los dominicos Tomás de Ortiz, protector de los indios de Nueva Granada (1532) y Gil González de San Nicolás, perseguido por la Inquisición y el virrey del Perú (1536).

g.— el quechua cristiano Felipe Guamán Poma de Ayala (1534-1616), quien no dudaba en decir que donde está el pobre está el mismo Jesucristo.

La labor profética emprendida por fray Antonio de Montesinos en 1511 no quedó en el olvido. Sin dejar de citar a Bartolomé de las Casas y tantos

otros de quienes ignoramos hasta su nombre; todos ellos son la honra de los creyentes, porque supieron vivir su fidelidad al Señor y motivados por ello supieron ver lo *injusto* (Gustavo Gutiérrez).

En esta ruptura ideológica tuvo un papel protagonista Francisco de Vitoria, quien reconoce y explica fundamentadamente la igualdad de derechos de todos los pueblos; entre los cuales se encuentran los 'reinos indígenas'.

3.— El sentido genuino de esta *conmemoración* del V Centenario no es otro que aquello que tenga que ver con una proyección hacia el futuro (J.C. Mariategui; A. Roa Bastos). Este saber histórico da lugar a un talante ético: la construcción de la comunidad de naciones iberoamericanas, tarea a la que Portugal y España no pueden renunciar.

Este talante desbaratará los planes de las élites mestizas que siguen tratando de eludir y frustrar la liberación iberoamericana (su segunda independencia).

4.— El silencio más insultante, la negación más injusta, que en todo este Centenario, el Quinto, estamos haciendo de *Africa*; de tantos hombres y mujeres quienes a raíz de la llegada de los europeos a América comprobaron en sus carnes la captura y opresión, la esclavitud más insultante que la humanidad ha generado.

El año 1992 no creo que sea la panacea para los desheredados de la tierra. Pero sí nos urge a que cada aportación semejante a las sugeridas y muchas otras no queden en el olvido más insultante; insultante para quienes este año de Quinto Centenario sólo les aprovecha para seguir clamando (los más) o continuar ignorando (como hasta ahora), pero con los ojos cerrados.

Y ¿cómo es este cerrar los ojos?

Nada más y nada menos que ir al pasado y despertar al presente con *la esperanza* anulada para *resistir* (Javier Muguerza) ante la realidad de un mundo cuyos habitantes siguen sin ser libres, ni iguales, ni solidarios; un mundo donde no está reconocida para todos la dignidad humana. Un despertar a la vida y no sentir revolve las entrañas contra tanta injusticia. El no ver con los ojos de los débiles sino con los ojos de los avasalladores.

Este sí que es el peor de los Fundamentalismos.

José Manuel Castro Caveró

ANDRES TORNOS *Escatología I*. Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas. Madrid, 1989, 177 páginas.

— IBID, *Escatología II*. Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas. Madrid, 1991, 263 páginas.

La llamada que el autor hacía, con respecto a la Iglesia en un artículo suyo, una década antes de esta obra sobre la *escatología*, era reveladora de las inquietudes y preocupaciones que animan todavía hoy su trabajo (cfr. A. Tornos, “Evangelio-Iglesia; fe-religión; cristianismo-catolicismo: Raíces de una incomodidad”, *Sal terrae* 797 (octubre 1979), pág. 687: “...nos parece una infidelidad a Jesús el que ella (la Iglesia) no sepa encontrar su sitio en el mundo de hoy, es decir, con referencia a las tareas mundiales que hoy pertenecen a la causa de Jesús”).

En el plano individual esta entraña de responsabilidad quedaría del siguiente modo: *es urgente aprender a confesar nuestra fe, a integrarla con los contextos de la cultura de hoy*. Porque ya no nos sorprendemos de nada, o de casi nada; así nos encontramos con cristianos que ‘creen’ en la reencarnación; la resurrección de Jesús ni se la plantean y les cuesta integrarla en ‘su’ fe...; todo un atolondramiento de interpretaciones.

De lo contrario “*sería verdad que la Iglesia se presenta como anticuada, y no sólo que tiene muchos años*” (A. Tornos, “¿Antigua o anticuada? Análisis de la dimensión juventud-vejez en la Iglesia” *Sal Terrae* 801 (febrero 1980), pág. 91).

Con este empeño de *inculturación* de la causa de Jesús en el hecho socio-cultural de hoy inicia el Autor su andadura peculiar por los terrenos de la *escatología*, de sobra ya reconocido en otras de sus publicaciones.

Su proyecto queda de la siguiente forma:

1. Divide su obra, con todo un carácter global y de continuidad, en dos tomos; uno publicado en 1989, el primero, y en 1991 el segundo. Motivo que yo no logro entender y que me hace pensar que lo que ocasiona no es manejabilidad sino el encarecimiento en la librería.

2. Los cuatro capítulos del primer tomo (*Escatología I*), se inician con uno que hace las veces de introducción, pues sitúa el planteamiento de la *escatología* desde la peculiaridad que quiere desarrollar el Autor a la luz de lo que se ha hecho en el último siglo.

Los tres capítulos restantes forman la *primera parte*, la cual estudia como núcleo temático: *La esperanza aportada por Jesús de Nazareth*.

3. El segundo tomo (*Escatología II*) presenta dos partes más (*Parte II: Las figuras de la esperanza en la historia de la teología*, y *Parte III: Dogmática de la esperanza: la salvación como destino*), con una se corresponde el capítulo V, con la otra del VI al IX. La obra finaliza con una *Conclusión* y un *Apéndice* sobre “*La oración por los difuntos y el ‘purgatorio’*”, además de dos *Indices*, uno sobre citas bíblicas y otro sobre autores.

Si ya de por sí el estudio de la escatología puede hacerse árido, el mayor peligro es convertir sus significados en ‘teofísica’ del más allá. En una especie de pensar sin los pies en la tierra y con ganas de rizar el rizo de lo incongruente. Por lo tanto el problema primero que se plantea a quien se acerca a este tema es: ¿cómo saber y decir algo, mínimamente coherente y razonable, sobre una cuestión de la que no constan experiencias palpables?

Ya la pregunta-desconcierto del principiante desvela lo errado del planteamiento en el que se sitúa y desde el que opina: ¿Cómo dar credibilidad a puras especulaciones?

Hasta aquí el desconcierto sobre el tema escatológico de las personas que no han tenido mayor acercamiento a las explicaciones *tradicionales*. Para quienes vienen ya conformados por un tipo de respuestas hechas y repetidas (deformadas las más de las veces) el empeño de reinterpretación (que es de purificación de elementos extraños que se le han ido aplicando) se presenta arduo, escabroso y a veces imposible, casi violento.

El trabajo del Autor de la obra que comentamos tiene presentes, a todas luces, estos desafíos:

a. primero, a las explicaciones de siempre las confronta con las aportaciones de las últimas investigaciones ofrecidas por la ciencia exegética. De esta manera muchas respuestas (sobre el juicio, infierno, purgatorio...) que se fundamentaban en una determinada interpretación de textos bíblicos quedan trasnochadas por su incoherencia y adulteración de lo que significaban en su contexto originario, temporal y semita.

b. segundo: centra la escatología en torno a la muerte y resurrección de Jesús de Nazareth, sin olvidarse del impacto que este acontecimiento causó en la conformación y recepción del evangelio en las primeras comunidades cristianas.

c. tercero: presenta la escatología en conexión con otros tratados teológicos (sobre todo la Cristología y la Exégesis).

d. cuarto: en conexión con lo aportado por el concilio Vaticano II, pero profundizando hacia un post-concilio (lo mismo que hay un contexto de pre-concilio). Porque las preguntas de hoy son distintas, pues lo es la situación de los seres humanos de finales de milenio. Lo aportado por el Vaticano II como la centralidad de Cristo en la historia (en qué nos afectaría y afectaría colectivamente el creer en el Cristo) no es una afirmación ya desvalorizada, sino todo lo contrario; esta opción hace que pierdan su centralidad o protagonismo, para este tema de la escatología, los temas clásicos de infierno, cielo, estado intermedio, muerte...

e. quinto: dejar sitio a la función crítico-profética de la fe. En un mundo plural, el soporte de la cultura occidental no es el único y exclusivo sobre el que se asienta la escatología cristiana. Bueno será fundamentar la escatología desde las interpretaciones más rigurosas de la Sagrada Escritura, la Dogmática y las opiniones de los teólogos, pero queda un sitio bastante amplio para que desde otros contextos se siga pensando con novedad.

Otro riesgo, acontece de hecho, cuando quien presenta y expone su saber escatológico utiliza un lenguaje y unas argumentaciones, como soporte de sus ideas, que niegan todo acceso más o menos inteligible y fácil a la mayoría de los bautizados y no bautizados que no forman la élite de sabios e ilustrados.

Esto es pedir mucho, pero sí es posible exigirle al Autor:

1. claridad en la exposición y presentación de los contenidos de la escatología cristiana;

2. rigor en las interpretaciones que se estudian y ofrecen; es decir, rigor en los planteamientos y conclusiones.

3. exigencia del diálogo con los contextos socio-culturales, para quién hablamos y desde qué planteamientos.

4. dar cabida a la interpelación crítica y profética de quienes nos planteamos la escatología.

5. agilizar y cuidar la expresión, la linealidad del discurso, el vocabulario...

La mayoría de estas 'grandezas' las tenemos a mano en la obra de Andrés Tornos sobre la *Escatología*. Su lectura, en cambio, no se hace cómoda ni atrayente. Unas veces los contenidos, por su densidad y abstracción; otras, la

redacción es la que no ayuda a una lectura menos agobiante y pesada. Quizá una labor de poda más sistemática y selectiva en un último repaso y una mayor atención en las pruebas de corrección, hubiese eliminado algunas de estas críticas, así como los detalles de los paréntesis de las páginas 118 y 130 del tomo I, que remiten a unas páginas pero quedan en blanco.

Aunque su lectura dudo mucho que la pueda sobrellevar cualquier lector meramente interesado o creyente comprometido en su formación, a la luz de su innata capacidad y destreza de intelectual, siempre será recomendable. Más para unos que para otros. Los más, la gente, no encontrará en esta obra ánimos para pensar porque les será dificultoso entender lo que leen.

José Manuel Castro Cavero